



Ander Gurrutxaga Abad es
catedrático de Sociología en la
Universidad del País Vasco.

Escenas y escenarios de la política en el País Vasco

Ander Gurrutxaga

Los territorios de la política vasca son casi siempre promiscuos, vivos, están basados en debates donde el peso de la historia siempre ocupa un lugar importante. Pero son también debates plagados de esperanzas, donde no es infrecuente encontrarse con algo parecido a la teorías –que también explicitó Mircea Eliade– del eterno retorno, es como si tuviésemos que estar desempolvando todos los días incluso aquello que aún no se ha cubierto de polvo.

Se plantea una reflexión sobre la perspectiva temporal de los últimos años. No sé si ésta es la expresión adecuada para captar los elementos centrales del suelo y de la bóveda que presiden los escenarios de la sociedad y la política vasca. Hay algunos hechos que no son sólo nuevos sino también novedosos, pero otros mantienen la presencia invariable, aunque cada vez haya que introducir más matices significativos, tantos que hoy el análisis de la realidad vasca es, sobre todo, análisis de la complejidad de sus contenidos, su entorno y sus múltiples matices. Hay tres hechos sobre los que conviene reflexionar aquí. El primero es sobre por qué se ha llegado al cambio de inquilino en la Presidencia del Gobierno Vasco, lo que podría augurar una dinámica electoral relativamente novedosa en el País Vasco. En segundo lugar, hay que volver al análisis del impacto de ETA en la sociedad vasca y española en general y, en tercer lugar me gustaría reflexionar sobre la emergencia de una sociedad vasca cada vez más postidentitaria y plural. Estos tres aspectos me parecen hoy centrales para abordar la pregunta no ya sobre de dónde venimos sino, sobre todo, hacia dónde vamos.

ESCENAS Y ESCENARIOS RELEVANTES

Me parece ingenuo, tal y como he puesto de manifiesto, no leer las transformaciones estructurales que afectan a nuestro entorno político y condicionan sobremanera el campo de juego sobre el que queremos movernos. Así, por ejemplo, la ilusión soberanista –que hizo posible la fundación de los modernos estados nación– pugna con nuevos poderes y nuevos desarrollos políticos. Nadie puede asegurar el punto final de este proceso pero cabe sospechar que seguramente de él no salen indemnes las reivindicaciones políticas de casi nadie porque obliga a rediseñar una concepción de lo que es el Estado y, sobre todo, cuáles puedan ser los marcos políticos más adecuados desde los que organizar la convivencia.

Detrás de esta *algarabía* sobresale otra cuestión: la articulación y la cohesión de las sociedades plurales –como la vasca– y las preguntas que este desafío suscita. En el caso que comento, es preferible acudir no a ideas que llamen a la homogeneidad, la identidad colectiva exclusiva o al programa máximo, sino a los mínimos que comparte la mayoría de la población. Para lograr objetivo tan complejo conviene no olvidar que los peligros y las encrucijadas tienen su origen en no ser capaces de construir el pluralismo de

base, es decir, si bien se incorpora éste a las declaraciones programáticas de líderes políticos o sociales, tiene, en cambio, dificultades para que sea el resultado de la actividad de miles de ciudadanos que, encontrándose en situaciones y posiciones diversas, construyen lazos sociales débiles pero consistentes. Las posiciones políticas no pueden olvidar que la realidad empírica indica que la sociedad vasca tiene un grado suficiente de bienestar y de crecimiento económico; competencias políticas como nunca antes había tenido a lo largo de su dilatada historia; que la administración autonómica está bien valorada por la ciudadanía y que a lo largo de los últimos treinta años, la estabilidad institucional es una realidad y un hecho incuestionable.

Llegados a este punto habría que decir que la paradoja básica y central que sale al encuentro es que estamos ante una sociedad con un desarrollo económico equiparable al de cualesquiera otras sociedades occidentales, que disfruta de amplias competencias políticas y de gran capacidad de gestión, pero precisamente eso contrasta con la imagen de sociedad *sobresaltada*. Sigue latente la cuestión, origen de la mayor parte de las encrucijadas en la sociedad vasca: ¿qué tenemos que resolver? ¿Asegurar el nivel de vida a los ciudadanos, la cohesión de la sociedad, la paz, la construcción nacional, la estabilidad institucional, la gestión de los asuntos propios? ¿Todos estos elementos son compatibles o debemos elegir y optar por unos u otros?

Tengo la impresión de que los viejos sueños y las nuevas aspiraciones chocan con los datos irrefutables de la realidad empírica. Así, los recursos políticos, ideológicos y simbólicos «chocan», por ejemplo, en algunos casos con los referentes y las aspiraciones máximas que construye el discurso ideológico dominante del nacionalismo. Sea, a modo de ejemplo, y en el caso de la noción de lo que es la comunidad nacionalista, la concepción del territorio, la idea de soberanía que se maneja, la lógica institucional o el sentido de la política. Quizá ocurre que el debate político tiene poco que ver con la aspiración de los programas máximos y mucho con la *tozudez* de los referentes empíricos de la complejidad vasca. No creo que valga la pena, como ya he dicho, abrir la caja de Pandora para descubrir lo que fue de la *soberanía originaria vasca*, ni tirar del hilo de Ariadna para encontrar el territorio con el que siempre se soñó, o ¿es que alguien cree que la restauración política que lee el pasado, afirma el presente y se proyecta hacia el futuro, puede frenar el ritmo agobiante del cambio que imponen la globalización y los procesos asociados a ella o la institucionalización definitiva de la sociedad del conocimiento con los ritmos que impone la innovación en la sociedad vasca?

La política en general sigue sin encontrar el antídoto para manejar un cuadro complejo como el descrito, *superar* el marco político del que se dispone en la actualidad y seguir viviendo en esta *tierra*, tan propicia para el pragmatismo y hacerlo con un grupo armado que sigue imponiendo su macabro camino y su estrategia imposible. Voy a cerrar este primer apartado con dos enseñanzas y una reflexión. La primera la dejó escrita el viejo liberal que era Isaiah Berlin cuando decía: «algunos de los grandes bienes no pueden vivir juntos. Estamos condenados a elegir, y cada elección puede entrañar una pérdida irreparable». Ignorar este hecho –el valor de la elección– es decidir vivir en la ignorancia, pero querer superarla acudiendo al orden de la simulación es recordar que simular es *aparentar tener lo que no se tiene* y que más allá de las apelaciones a la voluntad, la historia, el esfuerzo,

el trabajo o la honestidad política están las encrucijadas y éstas *hablan* del valor de lo complejo y de la complejidad de la sociedad vasca, así como de la política de *pragmatismo imprescindible* que se anuncia en este comienzo del siglo XXI. La segunda enseñanza está extraída del último libro del filósofo político norteamericano Richard Dworkin. Propone que pese a las grandes diferencias que tenemos unos con otros compartimos dos grandes principios, «el primer principio –principio del valor intrínseco– sostiene que toda vida humana tiene un tipo especial de valor objetivo. El éxito o fracaso de cualquier vida humana es algo importante en sí mismo, es algo que todos tenemos razones para querer, o deplorar. El segundo principio –el principio de la responsabilidad personal– sostiene que cada persona tiene una responsabilidad especial en la consecución del logro de su propia vida, una responsabilidad que incluye el empleo de su juicio para estimar qué clase de vida sería para ella una vida lograda».

Las dos enseñanzas me llevan a la reflexión sobre el poder y el papel de la política y de los paradigmas que mejor la encarnan. Me parece que los principios que proponen Berlin y Dworkin diseñan el buen camino en la reflexión. Digo esto porque uno de los grandes problemas de la interpretación de lo que ocurre en la sociedad vasca es la creencia –como si de una profecía autocumplida se tratase– en el valor intrínseco de la política conocida para *arreglar* problemas. Tengo la impresión, por el contrario, que Euskadi requiere un nuevo paradigma político, un nuevo lenguaje capaz de realizar lo que el diseño práctico del pluralismo interno demanda. Hasta ahora las claves partidarias resuelven algunos problemas –sobre todo, para el grupo propio– pero dejan inválido el principio general de cuáles deben ser los mínimos comunes que la sociedad necesita para *salir adelante* en los vaivenes que describen los comienzos del siglo XXI ¿Dónde está esa teoría política? Ninguna de las grandes versiones actualmente existentes en los escenarios vascos ha conseguido realizarla. Sin ella va a resultar difícil aunar el individualismo que se percibe entre algunos sectores sociales –especialmente los más jóvenes–, la privatización de la vida, la pérdida de influjo de los valores y discursos identitarios, la llamada al bienestar como *recurso de la voz solidaria* vasca o la disolución de creencias –entre otras el poder omnímodo de la política–. Nadie puede arrogarse este nuevo sentido de la política pero tampoco nadie puede exhibirse como garante de esta nueva realidad, por lo que el valor de las alianzas, de los acuerdos, va a cobrar más y más importancia. No es improbable que aquel que resuelva mejor los dilemas que plantean los sistemas de alianzas políticas sea quien mejor se sitúe para gobernar los diversos planos de la realidad política vasca.

CAMBIO ELECTORAL, ¿ALTERNANCIA O ALTERNATIVA?

Ante el panorama electoral hay algunos hechos que caben destacar, si tomamos los resultados electorales como uno de sus indicadores más importantes.

La derrota electoral del PNV y la victoria socialista

El primero de ellos es que se ha roto un hecho, que casi, casi, amenazaba con convertirse en tradición. Después de treinta años de gobiernos autonómicos liderados por el nacionalismo institucional que representa el PNV, éste ha pasado a la oposición. Una coalición, por cierto bastante peculiar, formada por el PSE y el PP –enemigos irreconciliables

en el Estado– ha sumado más escaños que la coalición que lideraba el PNV y éste se ha visto desplazado del poder por un gobierno presidido por un lehendakari socialista. Patxi López ha sucedido a Juan José Ibarretxe, con lo cual se cumple uno de los designios de la vida política moderna; que el juego entre gobierno y oposición se basa en la alternancia política. El hecho tiene carga política y sobre todo simbólica significativa. ¿Por qué digo esto? Me explico, en principio el PNV –con su candidato Ibarretxe a la cabeza– fue el partido más votado en las últimas elecciones autonómicas –tuvo casi 400.000 votantes, en todo caso 80.000 más que el PSE. La paradoja es que la tendencia electoral que anunciaron las elecciones generales del 2007 y las municipales y forales del mismo año se concretó en las elecciones autonómicas.

Consecuencias del ciclo electoral

¿Qué es lo que este ciclo electoral nos ha enseñado? ¿Qué podemos aprender de él? De entrada, *la emergencia de un voto y de un votante nuevo*; procede de individuos que individualizan su opción, no la adoptan siguiendo criterios identitarios o partidistas sino que los intereses inmediatos y la percepción que tienen de los partidos, no es la de un votante *anti* sino la de un votante *pro*, aunque este ciudadano se pronuncia por razones pragmáticas y no está enganchado a lógicas a priori o a fidelidades indiscutidas. Estamos ante la emergencia de ciudadanos que cada vez más –esto se percibe mejor en entornos micro, por eso el campo de experimentación más notables son las elecciones municipales– no emiten el voto siguiendo criterios a priori sino por los contenidos explícitos y pragmáticos.

En segundo lugar, *el fin de la sociedad electoral segura que había blindado el voto del PNV*. Se aprecian algunas circunstancias dignas de ser tenidas en consideración. La primera es que la abstención perjudica al nacionalismo institucional. La segunda es que la no reedición de la coalición con EA ha perjudicado a ambas formaciones, aunque más a EA –al borde del precipicio– que al PNV.

En tercer lugar, *la imagen de imbatibilidad del PNV en los escenarios vascos ha quedado afectada*. Es verdad que los casi treinta años de gobierno le conducen a una situación donde mantener el poder cada vez es más difícil. Probablemente, se nota cierta *fatiga de materiales* que se traduce hacia fuera en la imagen de fragilidad –más grave aún porque este partido había dependido de una imagen indiscutida de fortaleza y unanimidad en sus decisiones y de una magia especial para aprovechar las coyunturas y debilidades ajenas como nadie– y en una sensación de orfandad de ideas o de modernización de su discurso.

En cuarto lugar, *el PSE sale reforzado no tanto porque sus resultados fueran deslumbrantes* –acostumbrados como están a tener un electorado tobogán, con subidas y bajas permanentes– sino porque esta vez la coyuntura y la política de alianzas le han favorecido. Pero siendo ésta su mayor fortaleza, en ella está también su debilidad. Necesita acertar con sus alianzas, es un partido necesario para casi todos, pero por sí solo no puede imponer su presencia electoral en casi ningún municipio, institución foral o gobierno vasco. Es verdad que ocupar la lehendakaritza puede suponerle que incremente la imagen de partido central y necesario para el buen gobierno de la sociedad vasca, pero la mayor exposición pública que demanda este tipo de institución puede terminar perju-

dicándole si no está a la altura de las expectativas que promueve entre amplios sectores de la ciudadanía vasca, especialmente en cuatro aspectos: 1) buen gobierno, es decir, despliegue aceptable de los programas propios y concretamente: gestión de las consecuencias de la crisis económica; políticas sociales en consonancia; gestión de los rasgos identitarios y simbólicos, asociados a dos departamentos y a dos áreas de mucha influencia como son educación y cultura; 2) proyecto de modernización de la sociedad vasca, es decir, se aprecia que Euskadi necesita innovar aspectos estructurales básicos que han tenido un amplio desarrollo en los últimos treinta años, pero que dan la impresión de que están bastante agotados, esto es notorio en departamentos asociados a las políticas de innovación e investigación, en los medios de comunicación, política lingüística, universidad, relación entre empresa-sociedad e I+D+i; 3) tratamiento del fenómeno terrorista y de las políticas de víctimas. Este es un campo difícil, muy «encharcado», pero básico para evaluar el éxito o fracaso de las políticas de la alternancia; 4) la capacidad de penetración que tenga en sectores sociales, casi siempre refractarios o lejanos para la política socialista. Es evidente que sectores más identitarios, que proceden del mundo de la lengua y cultura vascas o sectores de la intelectualidad vasca son una rémora para la capacidad socialista de permanencia al frente del gobierno vasco. Enfrentar y enfrentarse al paradigma y al imaginario nacionalista requiere no solo *querer* sino *saber*. En la puerta de entrada a estos mundos sociales el socialismo vasco ha carecido de presencia y seguramente de expectativas. La alternancia no es la alternativa y la segunda sólo puede construirse desde el éxito en la construcción de imaginarios propios que impregnen todos los sectores sociales y se transforme en paradigma que no hay que explicar porque su uso social cotidiano es el que los explica.

Finalmente, la referencia a los partidos pequeños y a la retórica política radical. Ciertamente, el PP baja su cuota electoral, pero este juego le favorece porque sus escaños son necesarios para gobernar. La paradoja es que perdiendo votos gana presencia política y capacidad de juego en el escenario político vasco, facilitando y haciendo posible aquello que es imposible en el gobierno de España o en otros lugares, facilitar el gobierno del Partido Socialista. Por su parte, Izquierda Unida-EB ha pagado un coste muy alto por su apoyo a las políticas nacionalistas que lideró Ibarretxe; su casi no presencia en el Parlamento Vasco –un solo escaño– y la práctica desaparición de la influencia política con la que tan orgulloso se presentó siempre su líder, Madrazo. Por otra parte, la acostumbrada política de escisiones fracturó aún más este proyecto, del que da la impresión que ya casi nadie espera nada en Euskadi. EA ha repetido una ceremonia que en política siempre es gravosa; intentar superar a todos e invadir los espacios propios de todos: ser más nacionalista que nadie y más socialdemócrata que casi todos; equivocarse sistemáticamente en la elección de sus líderes (cada vez que se ha producido un cambio en la dirección de este partido, la nueva dirección pierde casi la mitad de votantes de los que disponían en el momento del cambio de sus elites, hasta llegar a su cuasi desaparición en las instituciones comunes –un solo escaño en el parlamento vasco–, con una escisión que ya se ha institucionalizado y un partido que casi desaparece en los territorios vascos, excepto en Guipúzcoa –que paradójicamente es donde el sector que hacía de granero electoral de esa fuerza se ha escindido–. No parece, a la vista de los datos, que el panorama de futuro sea esperanzador o halagüeño.

El único partido que parece asentarse y subir votos es Aralar. Su apuesta por un nacionalismo moderno, dentro de la lógica institucional, le está dando resultado. Es evidente que está recibiendo votos de ciudadanos que se alejan del mundo radical que representaba lo que queda de Batasuna. La incógnita para futuras elecciones es si es más bien un partido refugio para muchos votantes procedentes de la izquierda abertzale tradicional o si consigue generar un votante propio, capaz de navegar por las aguas del turbulento mundo de la izquierda abertzale sin necesidad de acudir a sus depósitos sentimentales y simbólicos.

Es verdad que todas estas operaciones son casi siempre limitadas. ¿Por qué digo esto? Porque el mundo nacionalista está muy parcializado, muy dividido en el escenario político vasco. Los votantes nacionalistas –alrededor de 600.000 (exceptuando Navarra)– deben elegir entre cuatro fuerzas políticas, demasiadas para un granero tan escaso y a la vez tan distinto. Esto demuestra que la proyección política nacionalista no sólo se divide por su forma de ver el problema de ETA o la lógica antiterrorista, sino que hay lógicas sociales, proyectos estratégicos y definiciones de lo que es y debe ser la sociedad vasca que penetran y dividen las opciones nacionalistas. A veces uno tiene la impresión de que la distancia entre fuerzas nacionalistas no es inferior a la que mantienen éstas con partidos de ámbito estatal.

Dejo para el final el mundo electoral que representa Batasuna, ANV, Herri Batasuna, etc. Es difícil sacar conclusiones de una fuerza político-electoral que no participa en elecciones de manera sistemática. Su prohibición, avalada además por la última sentencia del tribunal de Estrasburgo, plantea un cuadro de problemas –no creo que tanto para la sociedad institucional vasca, como para la propia Batasuna y su posibilidad de hacer política dentro del marco que ella misma definió–. Ciertamente ésta es una anomalía porque pese a todas las prohibiciones el censo de este universo político-social sigue siendo significativo –algo más de 100.000 votantes–. Podrá entrarse en reflexiones de mayor calado pero es evidente que este hecho es una distorsión en el panorama electoral y en otros ámbitos de esta sociedad, por más que las líneas de divergencia y confrontación estén claramente trazadas en la sociedad vasca.

LA NATURALEZA DEL UNIVERSO RADICAL

Las sucesivas reapariciones de ETA enseñan la importancia que tiene no abandonarse a sueños inalcanzables, sabiendo como sabemos que cuando se despierta a la mañana uno sabe, *o debe saber*, que la vida la tiene que construir no con los sueños sino con la realidad con la que todos los días tiene que trabajar.

Hay cuatro consideraciones que quiero plasmar:

1) Hoy el mayor enemigo que tienen los proyectos nacionalistas en el País Vasco es la violencia de ETA.

2) Debemos reconsiderar en profundidad la retórica, tan importante y tan significativa en muchos discursos políticos, de la negociación, al menos tal y como ha sido definida y tal y como ha sido presentada.

3) La mayor incidencia sobre la pérdida de influencia –*ghetización*– o hipotéticamente desaparición de ETA procede del fortalecimiento y desarrollo de la sociedad democrática en España y de la estrategia de implosión que esta estrategia sostiene y desarrolla.

4) El mundo político tradicional de la izquierda abertzale no tiene ningún futuro sin la desaparición de ETA.

Partiendo de estos cuatro hechos hay algunas cuestiones que me gustaría resaltar. La primera es la naturaleza de ETA. Da impresión que de las últimas treguas de ETA no se han obtenido las enseñanzas oportunas. El comportamiento de la organización obedece a un movimiento *caóticamente ordenado* donde la idea de Castelio en su polémica con Calvino resuena con estrépito. «Matar a un hombre no es defender una doctrina, sino matar a un hombre». No debemos olvidar, primero, que ETA es una organización militar, no democrática, que no funciona con criterios de racionalidad política por más que con sus actos busque ganar posiciones o situarse mejor ante el «*enemigo*» y, en segundo lugar, que ETA cree que la historia de sus acciones armadas merece un reconocimiento, es decir, no asocia su disolución a la derrota sino a que se reconozca que lo que ha hecho, la historia de dolor y muerte que ha impulsado merece algún reconocimiento, es decir, traduce su historia de cincuenta años en la consecución de algunos de sus objetivos básicos. Este hecho es importante porque no olvidemos que a veces su naturaleza, *lo que ETA es*, se recubre de una *pátina* que oculta pura y claramente que sus actividades son terrorismo al uso. Por eso, el Estado democrático tiene siempre serias dificultades, algunas probablemente insalvables, para reconocer aquello que la organización armada cree que debe ser reconocido.

LA SOCIEDAD DIFERENTE

Lo paradójico del hecho es que ETA pervive en una situación donde hay que tener en cuenta algunos hechos básicos, que no por conocidos conviene olvidar: 1) Euskadi es la comunidad autónoma de mayor renta per cápita dentro del Estado español; 2) Sus estándares de bienestar son equiparables a las sociedades europeas de su entorno; 3) su nivel de renta también; 4) disfruta de buenos sistemas públicos de atención institucional –sanidad, educación, protección social, etc.; 5) posee competencias significativas en campos básicos para el buen gobierno, como por ejemplo, capacidad de recaudar y distribuir impuestos, policía autonómica con amplias competencias, sanidad, educación, etc; 6) un sistema institucional estable y estabilizado; 7) reconocimiento para el desarrollo de su identidad cultural; 8) el nacionalismo institucional ha gobernado solo o en coalición a lo largo de los últimos treinta años y sólo en las últimas elecciones autonómicas ha perdido el poder político que pasa a manos de una coalición PSE-PP, aunque conserva importantes cuotas de poder en ayuntamientos y diputaciones.

Después de lo dicho, el resultado es claro, la sociedad vasca ¿es una sociedad diferente? Yo creo que sí, pero lo es por aquello que mejor la representa: altas tasas de crecimiento económico en los últimos años (ahora viviendo la crisis), la renta media de los hogares vascos está a la cabeza entre los hogares españoles, la buena integración en los usos de la sociedad de la información. Precisamente lo que la hace diferentes es el *buen vivir* y otro hecho, que ya imaginarán, la lucha armada que ejerce ETA.

Paradójicamente, el País Vasco es hoy, en la Unión Europea, la única sociedad europea donde se practica la lucha armada de forma sistemática. Todo ello en el seno de una sociedad democrática y de un Estado democrático; con un buen nivel de vida; económicamente con un desarrollo básicamente endógeno; que posee instrumentos propios de ges-

tión política; con un nacionalismo político que ha gobernado treinta años de forma seguida e impregna la sociedad con sus signos, sus símbolos, sus formas de hacer y estar; con señas de identidad cultural protegidas, cuando no sostenidas por el gobierno autonómico.

La conclusión del retrato de la Euskadi real es que hay que explicar por qué en una sociedad del bienestar, con niveles altos de renta persiste la violencia armada y por qué éste es el único territorio en Europa donde esta actividad tiene un papel destacado. No quiero con esto iniciar una reflexión que colapsaría el espacio disponible, pero creo que hay que hacerse esta pregunta; de igual modo que hay que apresurarse a responder que ETA existe en una sociedad que mantiene tasas razonables de crecimiento económico, pese a la permanencia de las acciones armadas, se reproduce en un territorio con una estabilidad política suficiente, donde las señas de identidad prototípicas del imaginario nacionalista se han desarrollado con normalidad y han alcanzado un grado alto de protección política y presupuestaria.

Los hechos permiten mirar y responder parcialmente a algunas de las cuestiones que he planteado. No puede entenderse un conflicto de esta naturaleza utilizando el discurso de clase, las teorías de la desigualdad estructural de la sociedad vasca en el conjunto del Estado o los de la privación relativa. Al contrario, la base social del radicalismo nacionalista está formada por clases medias radicalizadas –prácticamente en los veinte ayuntamientos con mayor renta por habitante de Euskadi, la presencia política radical es una constante, e incluso gobiernan algunos de estos municipios–. Luego no son sectores *parias* de la sociedad, ni tampoco están excluidos de la dinámica social y económica; estamos ante procesos, hechos, circunstancias y contextos en los que la fuerza de la mirada hay que dirigirla hacia la cultura, hacia la capacidad de las microsociedades locales para crear redes densas, con poder socializador, que se unen y se encuentran con otras redes densas donde el peso de las biografías individuales y las circunstancias de los grupos sociales definen la dinámica interna de unas y de otras. Fuera de ellas creen que o no hay nada o lo que hay está para reforzar las redes. Esto ha supuesto la creación de un hábitat con un ecosistema propio, lógicas sociales autónomas plagadas de interdictos, donde el control social se ejerce con el poder de convicción que exige la pertenencia a la red. El problema es que dentro de esos espacios la idea de la responsabilidad o la idea, tan importante para crear fronteras internas en la sociedad, de límite les demuestra día a día que son «dueños» del hábitat y del ecosistema que han definido como propio y que con su voluntad, la capacidad de trabajo y la acción pública *todo lo pueden y todo es posible*. El concepto cultural del límite, el concepto de que no *todo es posible* o el de *responsabilidad por las acciones propias* no forma parte del paquete socializador que desgranar en este –su– hábitat. El resultado es que la impostura que anida en esas microsociedades y en las redes que las alimentan es una segunda naturaleza. Es, si se me permite la comparación, la «estructura genética» de su particular ADN.

La consecuencia más importante es la *naturalización* de esa realidad. Este hecho ha creado un entorno socializador y esto supone, entre otras cosas, dotarse de instrumentos, –como si se tratase de la caja de herramientas– para definir la realidad. La *naturalización* de la escisión desemboca en la gestación de entornos institucionales específicos, lenguaje propio, signos y símbolos de distinción, discursos e interdictos que protegen los respectivos espacios, solvencia electoral, etc. La socialización en estos hechos es cuestión sobre-

añadida porque en la medida que manifiestan cotidianamente la «*fortaleza*», los otros se ven en la obligación de manifestar la suya. Es un juego de calado socializador donde unos y otros se miran, donde todos dependen de todos, pero donde es, precisamente, la dependencia la que funda la separación que se juzga necesaria y la necesidad imperiosa de mantener la frontera de la separación y los aditamentos necesarios para seguir existiendo. En definitiva, todos dependen de todos, pero todos a la vez reivindican el carácter socializador de *su* estilo de vida.

Ni la cultura, ni la política, ni a veces los espacios cotidianos han hecho demasiado por generar urdimbres, vínculos o poner límites a las diferencias, por el contrario, el juego de los *enclaves* propios tiene un papel socializador en la dinámica que describo, las consecuencias se dejan sentir en la vida política –especialmente en los espacios municipales o locales (en los ámbitos micro)–, en la vida social –también es más llamativo en los ámbitos cotidianos de las localidades pequeñas– donde la intercomunicación no existe o cuando se produce es como la expresión de algún conflicto y da la impresión, además, que unos y otras la necesitan para seguir siendo.

El hecho demuestra que las consecuencias de la violencia son más penetrantes de lo que en ocasiones estamos dispuesto a reconocer. Por eso no creo, o al menos no tengo una gran fe depositada en ello, que las derivaciones del discurso político conocido puedan decir o hacer más de lo que dicen o hacen. ¿Y por qué? Porque en ocasiones se otorga a este discurso y a sus prácticas un horizonte de expectativas y una capacidad de la que, una de dos, o se carece de la capacidad suficiente para obtener los resultados esperados (el análisis de las negociaciones y del propio mito de la negociación con ETA, podría ser un material empírico de primer orden para resaltar este toma de posición) o el capital social y político que el discurso político maneja está pésimamente gestionado e instrumentalizado.

Estoy cada vez más convencido de que *el mito* y los discursos que se han gestado alrededor del tema de la negociación –que por cierto tiene atrapado en esta trampa semántica a prácticamente todo el espectro político, aunque en el caso del nacionalismo es aún más significativo– necesita una revisión en profundidad que esté más allá del juego de la instrumentalización política, del ejercicio de la buena voluntad política o de las urgencias de que el problema se evapore.

Detrás del impacto de la violencia y de cómo la maneja el discurso político –sean las fuerzas representativas vascas o las fuerzas del Estado–, creo que hay algunos hechos sobre los que conviene reflexionar en profundidad y que sólo apunto por orden de más general a más específico: 1) la relación entre violencia y modernidad; 2) la comprensión y el impacto del significado de la violencia en la sociedad vasca, fuera de los avatares de los discursos políticos y de las diatribas de la confrontación e instrumentalización política; 3) la naturaleza de ETA que como un cefalópodo gigante ha tocado y atrapado a la lógica política de casi todos, ha penetrado y condicionado demasiado la lógica social, la vida cotidiana de muchos ciudadanos, ha impactado en la urdimbre institucional y en general, ha tenido consecuencias sobresalientes en la capacidad de socialización de la sociedad vasca y, por supuesto, en la reproducción generacional; 4) el impacto sociopolítico del «mito» y de la praxis de la negociación, que cual *pócima* capaz de acabar con el *hechizo* de ETA aparece una y otra vez, sin que parezca que las fuerzas políticas hayan reflexionado, ni entre ellas ni con ellas, sobre los efectos que este particular *encanta-*

miento tiene sobre la vida política y social vasca; y 5) las propuestas políticas consiguientes que, cual si de una necesidad impulsada por algún a priori o *defecto genético* se tratase, aparecen cada vez que se unen en su discurso los cinco lados de su particular cuadrilátero: política-instituciones-violencia-nación-Estado.

Lo que semejante realidad demuestra es que ni metáforas como las *del hijo pródigo* ni el *síndrome de Peter Pan* han tenido éxito en la relación con ese mundo. Es indudable que estamos viviendo el final de ETA. Este es un dato incuestionable. Después de 50 años lo que queda de la organización armada es la capacidad de matar, nada más, aunque nada menos, pero ni la vida económica, el bienestar, la inercia social, la identidad nacional, requieren de la organización. ETA no puede transformar nada ni conseguir objetivo alguno, de ahí su gran debilidad. La acción sobre ETA no depende de mantener incólume la fe en la mítica de la negociación, a no ser que este vocablo se defina con precisión y sepamos de qué se quiere hablar cuando se cita con tanta profusión, sino en proclamar la estrategia de implosión como proceso que ya está ahí y que significa que el fortalecimiento de la sociedad democrática es el recurso del que disponen para reducir más y más el núcleo que integra este mundo e incrementar progresivamente el desistimiento de todos aquellos que aún mantienen alguna esperanza en la reconversión desde dentro de semejante organización.

LA EUSKADI POSTIDENTITARIA

Detrás de la cuestión hay una reflexión abierta; el pluralismo de la sociedad vasca plantea un problema a la definición identitaria sobre qué es hoy ser vasco. Cada vez más la fórmula que se impone es la de *somos porque estamos*, es decir, no somos porque tengamos algún signo de distinción específico que nos diferencia de otros colectivos o de otros grupos de la sociedad vasca, sino porque compartimos una experiencia vital de vida, unos mínimos comunes que nos permiten colaborar sin necesidad de responder todos los días a la pregunta: ¿quiénes somos?

La consecuencia es que la asociación, tan apreciada en otros momentos, entre nación vasca=sociedad vasca=comunidad nacionalista, no funciona o, por lo menos, no lo hace para un importante sector de la sociedad. Tampoco colgar o anclar exclusivamente la identidad en algún rasgo propio evidente, por ejemplo, la lengua –el euskera– resuelve los problemas. Los datos demoscópicos indican otras realidades; por ejemplo, que entre el 35% y el 40% de la población se declara nacionalista, mientras que entre el 50% y el 55% dice que no lo es. Con el tema del euskera ocurre otro tanto; prácticamente el 55% de la población sólo sabe hablar castellano; el 30% se declara bilingüe. Si tenemos en cuenta el voto político, la constatación sigue el mismo camino.

La realidad que describo plantea dos cuestiones básicas; la primera es que el concepto nacionalista de nación no abarca el conjunto de la sociedad vasca; tampoco, por supuesto, lo hacen otras identidades como la española. Es como si los límites de la nación –formulada de una u otra manera– se detuviesen en los umbrales de la sociedad. Ambos procesos, nación y sociedad, demuestran que la construcción de la primera y de la segunda han seguido caminos casi paralelos, pero que nunca terminan de darse la mano o unirse. Quiero indicar que es verdad que el nacionalismo vasco segrega una definición fuerte de nación, pero ésta no se ha extendido a toda la sociedad vasca, por más

que algunos de sus símbolos y signos hayan sido adoptados sin mayores problemas por la gran mayoría de la población.

Esto provoca al menos cuatro situaciones y cuatro campos específicos de necesidades: 1) rediseñar la idea de nación vasca si pretende abarcar a más de la mitad de la población que no es nacionalista; 2) el segundo es el corolario del primero, cómo gestar esa idea de nación que abarque y respete el pluralismo y la complejidad de la sociedad vasca; 3) cómo insertar este proceso en la dinámica abierta en el Estado y en Europa; 4) cómo rediseñar los límites de la comunidad nacionalista.

Los cuatro aspectos citados nos sitúan ante un dilema: *una cosa es la construcción de la comunidad nacionalista y otra la construcción de la sociedad vasca.*

Tengo la impresión que frente a lo que a veces se dice, el nacionalismo tiene recursos –construidos a lo largo de se centeneria historia– para cartografiar el presente y proyectarse hacia el futuro. Desde mi punto de vista los tres más importantes son: 1) el compromiso de los ciudadanos vascos con las instituciones del autogobierno y la autonomía política. Este hecho se produce al margen de las posiciones políticas o de la estructura electoral en la que cada ciudadano se integra; 2) la identificación permite relacionar la perspectiva ciudadana con las instituciones de la democracia y con los emblemas sociales e institucionales que ha creado y desarrollado a lo largo de los casi treinta años de funcionamiento, sin que por ello se exija a nadie fidelidad a una cultura política o social determinada o a una perspectiva política concreta. Esto supone que en lugar de manejar la sociedad como la representación de una cultura concreta, el ciudadano percibe la vida social integrada en una red elástica y flexible entrelaza por múltiples identificaciones. De esta forma, los individuos eligen con quién identificarse, cuándo, cómo y de qué manera; 3) el recurso al concepto fuerte de ciudadanía. Éste se funda en el cúmulo de derechos fundamentales –individuales y colectivos– que tienen los individuos por el hecho de vivir en esta sociedad.

Lo que los datos demuestran es que, en los últimos treinta años, las aportaciones del nacionalismo han puesto en marcha tres recursos básicos para cartografiar el presente: 1) la estructura de oportunidades ligada a compromisos internos-sociales, económicos, políticos e identitarios–, que se materializan en políticas concretas. Por ejemplo en la búsqueda de bienestar, en políticas públicas, en programas de innovación, etc. Lo que soporta estos hechos es aquello que se ha hecho bien a lo largo de los últimos treinta años; el bienestar, las señas de identidad y la estructura de plausibilidad de la pertenencia a una sociedad democrática; 2) los recursos institucionales, políticos y administrativos de los que se ha dotado a través del Estatuto de Autonomía, sus competencias. Estos dos hechos, tan interdependientes, tan conectados entre sí, han construido la concepción de soberanía difusa. Las competencias, no lo olvidemos son instrumentos de la estrategia que se funda sobre objetivos plausibles y posibles y sobre metas empíricamente definidas; 3) asume, formal y materialmente, el papel que cumple la interdependencia política y la interconexión entre los poderes macro, micro y meso (CAV, Estado, UE).

La conclusión es que se trata de buscar y de encontrar no tanto lo que se niega sino lo que se afirma, qué es lo que se quiere hacer, o dicho de otra manera, cómo asentarse en este escenario político sin depender de la conceptualización política y de la

praxis *resistencia* con la que tantos frutos cosechó en otras épocas, pero esto hoy parece insuficiente para encarar los tiempos venideros.

Ciertamente, el encuentro con el pluralismo «invita» a pensar el sentido vasco de la identidad. Las relaciones con el Estado forman parte de esas encrucijadas que se enrocan alrededor del modelo de relación política –casi siempre basada en conflictos– y que otorgan una naturaleza peculiar a la comprensión de la misma, de tal forma que si desaparece el conflicto primigenio la relación «no es fiable» o no del todo. Es verdad que la misma se mantiene con altibajos y la permanencia de ese tipo de relación es «económica», rentable para unos y otros. El resultado es que el conflicto en su sentido primigenio funda el modelo de relación entre el centro –Estado– y la realidad sociopolítica vasca. La relación se nutre de acusaciones mutuas y una larga lista de descalificaciones, incumplimientos, etc., asoma cuando se evoca ese tipo de realidades. El nacionalismo vasco dirá que el Estado ha incumplido las competencias establecidas en el Estatuto de Autonomía, que el modelo previsto en la Constitución ha terminado convirtiéndose en *café para todos*, homogeneizando por esa vía la plural realidad española o que el Estado no ha sabido asumir la nueva planta política que tiene el concepto de España. Otra crítica es que la autonomía vasca no puede contener, desarrollar o canalizar sus aspiraciones políticas. Se requiere en consecuencia otro modelo de relación y los sucesivos intentos del Plan Lizarra, Plan Ibarretxe o el derecho a decidir, no son sino constataciones materiales de este hecho, aunque cada propuesta tenga una historia particular y contextos específicos.

Por parte del Estado se considera que el Estatuto es el techo competencial que puede tener el País Vasco. El hecho es que son este tipo de discursos y la praxis que los alimentan los que *dan de comer* a esta relación. Obviamente, no parece que pueda, por ejemplo, exigirse al nacionalismo que acepte como punto y final del proyecto político el que se define a través del texto constitucional, que *entierre* o se *olvide* de su programa máximo o que lo canalice hacia soluciones estatutarias en los términos expresados por la Constitución. Este modelo es difícilmente compatible con los deseos del nacionalismo político. Pero, no obstante, formular otro modelo alternativo que vaya más allá de lo que definió el Estatuto plantea otras dificultades de gran calado. No creo que podamos perder de vista que los instrumentos políticos tradicionales –Estado nación al modo clásico, la soberanía o el territorio por ejemplo– sufren un impacto significativo por mor de los procesos estructurales que atraviesan el mundo, lo que provoca cierto desgaste en las fórmulas al uso.

Dicho de otra manera, ni el Estado nación es lo que era, ni el concepto de soberanía tradicional tiene la fuerza que tuvo, ni la relación con el territorio funciona igual que hace décadas. No es fácil responder a cuestiones, por citar algunas, como cuál debería ser el sentido de la independencia política en el siglo XXI, la fórmula más adecuada para anclar el Estado ante estas nuevas realidades, qué papel pueden tener nacionalismos como el vasco en el presente siglo XXI. Lo que ocurre es que no tener respuestas definitivas o consensuadas ante estos problemas, no quiere decir que sea fácil «huir» o no querer ni tan siquiera plantear las preguntas porque todos se sienten más seguros en los nichos que protegen los ecosistemas respectivos.

No sé que ocurrirá a corto y medio plazo. El nuevo gobierno vasco no tiene ni la cultura política del nacionalismo gobernante ni sus urgencias, su agenda es diferente, pero

más allá de los matices respectivos y de los ritmos frenéticos que se quieren introducir en las relaciones, los problemas están ahí y tampoco el PSE en su coalición de gobierno con el PP van a poder evitar enfrentarse a ellas –quizá la crisis económica sea el factor que permita *reciclar* y trasladar algunos de los problemas apuntados, pero estos continúan ahí y como ocurre siempre en la historia, terminan reapareciendo cuando se cree que han desaparecido. No olvidemos que una de las cosas que se han puesto de relieve en el País Vasco en este largo período es la fortaleza de la política para hacer aquello que se definió que había que hacer, pero también se ha visto la incapacidad de ésta para ir más allá o para servir de guía infalible de la dinámica social.

La política vasca hay que entenderla en el interior de esta paradoja porque lo que permite observar es la debilidad del discurso político para coser la sociedad y cohesionarla. El nacionalismo, ciertamente, ha tenido dificultades cuando se trata de operar con realidades tan complejas, por otra parte los discursos no nacionalistas creen que con la condena sin paliativos es suficiente, primero para aislar el problema y después para hacerlo desaparecer. Ni una ni otra estrategia han tenido el éxito que creían poder alcanzar. Las preguntas básicas y las cuestiones clave –especialmente violencia, ETA y víctimas, relaciones con el Estado y gestión del pluralismo radical de la sociedad vasca– siguen estando ahí.

Las llamadas en una u otra dirección no han corrido mejor suerte. Si de algo no podemos quejarnos en el País Vasco es del capital político acumulado en estos años, ni del rol jugado por diversas propuestas, presuntamente creativas e innovadoras, en la formalización de este bagaje político. Es verdad que cada una de las fórmulas se han desarrollado con criterios y razones distintas y el éxito o fracaso no siguen la misma dirección ni se expresan de manera similar.

Si pudiésemos hacer un repaso en profundidad a las mismas, desde, por ejemplo, la Mesa de Ajuria Enea, los acuerdos de Lizarra, el Plan Ibarretxe o el Derecho a Decidir, nos encontramos con que en todos los casos los orígenes y objetivos son terminar con ETA y hacer desaparecer la violencia que practica. Ciertamente y dicho esto, tendríamos que hablar de las diferencias, en algunos casos profundas, entre las mencionadas fórmulas. Si Ajuria Enea es un intento, liderado desde la *lehenkaritza* –entonces presidida por Ardanza– de encontrar un consenso básico entre todas las fuerzas políticas para construir una estrategia común, lo que Lizarra plantea y los intentos sucesivos suponen un corte siempre con la propuesta que la precede.

No se puede hablar sólo de fracaso si analizamos con el sosiego debido las propuestas mencionadas. Digo esto porque Lizarra y los planes sucesivos cumplieron un papel importante, no previsto y probablemente no buscado –pero aquí, una vez más, el genio de lo imprevisto jugó con las consecuencias no previstas de la acción– intentando impulsar el fortalecimiento de la comunidad nacionalista. Probablemente, en estos casos y en una coyuntura difícil, muy difícil para el nacionalismo, la respuesta del lehendakari Ibarretxe tiene efectos que seguramente no fueron los previstos por él y sus estrategias. Obviamente, el Pacto no alcanzó el objetivo esperado, pese a los argumentos esgrimidos a lo largo de su construcción, pero consiguió otros efectos: 1) fortaleció y delimitó con precisión un nuevo discurso para el nacionalismo vasco institucional, 2) dotó de conte-

nidos a una definición de comunidad nacionalista que se encontraba bastante deshilachada y sin contenidos explícitos, después, sobre todo, de los años de gobierno Aznar y 3) intentó restaurar los contenidos de un nuevo sentido de lo que es la identidad vasca.

En estos tres hechos, el lehendakari Ibarretxe tuvo éxito, de hecho la movilización electoral del año 2001 y el triunfo electoral en ese mismo año le investió como líder indiscutible del nacionalismo vasco. El resultado es que la Euskadi identitaria a través de las propuestas y del entramado simbólico y político que movilizó resultó un hecho significativo.

Desde este punto de vista, Ibarretxe restauró un nuevo sentido político para el nacionalismo del siglo XXI desde la explícita definición de la identidad política del País Vasco, desde la delimitación del concepto y de los contenidos de la comunidad nacionalista, pero lo que ocurre es que con esta perspectiva de trasfondo no puede abordar la gestión del pluralismo vasco e incorporar a otros actores políticos no nacionalistas a su campo de fuerzas, olvidando en su propuesta –menos en sus declaraciones públicas– el concepto de sociedad o creyendo ingenuamente que construida y bien articulada la nación lo demás llegaría a través de la extensión de la dogmática política que propone. El fracaso estaba servido, después de 2001 los resultados electorales nunca fueron los mismos y cuando la propuesta abandonó el laboratorio de Ajuria Enea y tuvo que confrontarse con la realidad empírica aparecieron múltiples problemas que nunca se quisieron ver o que consideró que podían mantenerse bajo control.

Tuvo en contra a un número significativo de grupos y actores políticos y sociales que por diferentes circunstancias confluyeron en *no comprender* la propuesta que desde los laboratorios de Ajuria Enea se propuso; obviamente las fuerzas no nacionalistas se opusieron desde el principio a los planes –eso significaba que prácticamente el 50% de la representación electoral vasca no la seguía–. Los sectores radicales nacionalistas no estaban conformes con el plan, porque o les parecían escasos sus resultados o les daba miedo porque temían rebajar sus expectativas y no estaban dispuestos a conceder al nacionalismo institucional la dirección de proyecto de tal envergadura. Había también sectores nacionalistas moderados que juzgaban una aventura sin futuro las propuestas del lehendakari. El resultado es bien conocido, pero desde la distancia que comenzamos a tener resalta sobremanera –quizá porque las respuestas políticas están aceleradas, ávidas de novedades, todo lo engullen, probablemente sin digerir nada– el escaso análisis que se ha hecho de esta experiencia. Recordemos que lo que yo aquí he escrito en veinte líneas ocupó casi diez años de trabajo político, para al final encontrarnos con la irrelevancia del juego que se propone y con la llegada a la estación donde aquel y aquellos que con más ahínco quisieron restaurar la Euskadi identitaria y reformar el concepto fuerte de comunidad nacionalista se encontraron con la irrelevancia de lo que proponían, como si la sociedad se hubiese convencido de que con consulta o sin ella los problemas que se quería atajar, iban a mantenerse en términos similares. ¿Demasiada inversión en ilusión, capital político, razón política, para tan pocos rendimientos políticos? Esta parece la cuestión.

El resultado final de este viaje, al menos por el momento, es que lo que hace años parecía imposible hoy lo es; un gobierno no nacionalista, fruto además de aquello que al nacionalismo tanto le sirvió: el manejo del tiempo político y de las coyunturas electorales.

CONCLUSIONES

Llegados a este punto podemos extraer algunas conclusiones. La primera es lo inevitable de la *fatiga de materiales* cuando se gobierna ininterrumpidamente durante un largo período de tiempo. Además, la posesión del gobierno durante un período dilatado no significa el incremento de las bases electorales del o de los partidos gobernantes. En tercer lugar, en sociedades plurales como la vasca el olvido de la gestión desde el pluralismo genera resultados inadecuados para aquel o aquellos que quieran gestionar el olvido o que no saben cómo hacerlo. En cuarto lugar, la violencia armada impide la normalización de la vida política y social, aunque se decida vivir *como si no existiese*; además el impacto social genera costes significativos en la cultura y en los procesos de socialización de la sociedad, afecta más a los núcleos pequeños de población porque allí las posibilidades de sobresocialización y control social de las redes que se gestan en su interior pueden ser más intensas. La quinta es que los intentos de negociación con ETA han fracasado por la imposibilidad para el Estado de ir más allá de los límites que impone la razón política democrática y por la propia naturaleza de la organización; es la estrategia de implosión que impulsa la sociedad democrática la dinámica principal que va reduciendo el apoyo de los sectores sociales que se asocian a esa realidad. La séptima es que no hay cierre político posible a las demandas de realidades políticas tan asentadas como la que definen el nacionalismo vasco, por eso conceptos como los de soberanías difusas u otros esquemas de relación política y fórmulas siempre abiertas, deben formar parte del ideario del partido o partidos que gobiernan el Estado. Eso requiere una nueva cultura política donde *ser* no sea ni una obligación ni una vocación. La octava es que las relaciones entre el Estado y los nacionalismos deben tener un suelo, no un techo, un suelo para fomentar la convivencia, un lugar para *estar* y no tanto para *ser*; esto impulsaría la fórmula de *estoy porque estoy a gusto*. Finalmente, los consensos son el fruto de miles de hilos invisibles que producen una urdimbre, por eso la legitimidad buscada debe depender de mínimos comunes que no se empeñan en organizar toda la vida ciudadana, no se cierran sobre sí mismos porque se creen sus propias *desdichas* o porque consideran que deben proteger unas esencias que nunca acaban de definir, que están abiertos al cambio y que no se enquistan en debates *sin sentido o imposibles*. Son más razonables fórmulas organizativas que obligan al pacto, abiertas, que reparten el poder y que funcionan en forma de red, que no olviden las razones pragmáticas de los sentidos de la política ni la utilidad de la misma. ■